

¿Cómo afrontar una tragedia?

Fernando Pascual

8-7-2010

Hay tragedias anunciadas. Otras llegan por sorpresa, sin que nadie espere ni la fuerza del viento, ni la intensidad de la lluvia, ni la insuficiencia de los desagües, ni la ineficacia de tantos servicios prometidos para las emergencias y nunca realmente puestos en práctica.

Pero ocurrió la tragedia. Si uno es afectado, tal vez cae en una especie de “shock” profundo que le lleva a la desgana y apatía. Otros esperan una ayuda de las autoridades que tarda mucho o simplemente no llega, porque no alcanza para todos o por la desorganización que produce cualquier desastre natural. Otros empiezan a trabajar, pero descubren su pésima destreza, sus pocas ideas, su aparente inutilidad cuando no hay ni luz ni agua potable ni carreteras en buenas condiciones.

Si uno no ha sido afectado gravemente, puede cruzarse de brazos o, como máximo, proteger sus pertenencias ante posibles saqueos o daños futuros. O puede, en una actitud mucho más solidaria, ponerse a disposición de las autoridades, de los vecinos, de los parientes, para dar una mano en lo que sea posible.

Sea cual sea la situación, ante la desgracia pasamos por dos etapas. La primera inicia de modo inmediato por las necesidades más urgentes: ayudar a las personas afectadas, coordinar la distribución de agua y comida, apoyar a los heridos. La segunda comienza en un momento sucesivo: la hora de un esfuerzo más complejo y exigente de solidaridad de largo alcance, cuando hay que reconstruir sistemas, limpiar desagües, reparar hogares desde sus cimientos, hacer viables calles y carreteras...

Una desgracia, por “desgracia” (con perdón por la repetición de palabras), a veces se convierte en fuente de desórdenes o saqueos. Otras veces, se generan luchas de poder o incluso deseos de capitalizar los hechos para sacar votos o para criticar a los adversarios políticos, cuando en realidad los políticos de verdad deberían olvidar, en esos momentos, sus rivalidades para aunar sus esfuerzos en el trabajo por el bien de todos.

Las autoridades tienen mucho que hacer, y es justo exigirles un compromiso serio para afrontar la situación. Pero en momentos de tragedia vale la pena cualquier esfuerzo de todos para ayudar donde se requiera, y una buena coordinación para que la falta de orden no implique desgastes inútiles o, algo triste pero real, despilfarros o acciones de quienes, con la ambición del aprovechado, acaparan objetos que para otros son mucho más necesarios.

El esfuerzo colectivo no será suficiente para sanar todas las heridas. Quien haya perdido su hogar, quien vea en pocos minutos destruido un largo trabajo por salir adelante con su familia, puede quedar con marcas profundas en su corazón. En momentos así, vale la pena una mirada serena al cielo para recordar que, más allá de las contingencias de esta vida, hay un Dios que nos permite vivir con esperanza y que da fuerzas para no mirar sólo la propia desgracia, sino para ayudar, sinceramente, a quienes comparten sufrimientos parecidos a los propios.